

á un pueblo ignorante y supersticioso, que no habia tenido embarazo para creer en la transformacion de su caudillo Huitziton en el terrible Dios Huizilopochtli; pero el pueblo cediendo en esta vez á la fuerza del ejemplo que le daban todas las naciones que se habian congregado ahí, bajo el mando de sus reyes, cerró los oídos á las fábulas de aquellos embusteros y nombró por rey á Huitzilihuitl, hijo de Iihuicatl y nieto de Tochpanecatl señor de Zompanco. Como el elegido era hombre que gozaba de un alto concepto y autoridad por su talento y demas prendas personales, fué recibida su eleccion con grande aplauso aun por los del partido contrario y teniendo ya entonces los ancianos que ceder á este hecho consumado, protestaron tambien la obediencia y no intentaron mas el gobierno de la nacion. (4)

CAPITULO XV.

*Muerte de Tlotzin y coronacion de Quinantzin.
Guerra de los culhuas y xochimilcas. Caída
de Tenancacaltzin y coronacion de
Acolhua.*

Habia pasado el establecimiento de los mexicanos en Chapoltepec y la eleccion de su rey Huitzilihuitl, cuando al emperador Tlotzin acometió una enfermedad, que en medio de continuos dolores de cabeza y el cuerpo, iba perdiendo su fuerza, agregándose al decaimiento físico, una nueva melancolía: en su enfermedad se hallaba siempre rodeado de su esposa, sus hijos y una gran multitud de señores y señoras de la nobleza, que á los me-

(4) Veytia lug. cit.

dicamentos que les habia enseñado su esperiencia, añadian danzas, juegos y cuantas mas diversiones podian inventar, para levantar el abatido espíritu de su señor; pero este no hallando alivio ni en los remedios para el cuerpo ni en aquellas diversiones para su ánimo, seguia consumiéndose convencido de su último término, conforme en pagar el tributo impuesto á toda criatura, pidió lo dejara libre todo aquel concurso, inútil para prolongar una existencia que tocaba á su fin, y en medio de su mortal tristeza, espiró á los 35 años de su reinado.

Su hijo Quinantzin vino luego de su ciudad de Tezcoco, y celebradas las exequias con las acostumbradas ceremonias y el dolor indispensable por la muerte de un príncipe tan estimado de sus pueblos, fué á ocupar con sus restos el lugar donde ya le habian precedido su padre y abuelo.

Hechos los últimos honores á los restos del emperador difunto, se procedió á la coronacion del nuevo monarca, en medio de las ceremonias que usaron por primera vez, con su padre Tlotzin Pochotl. Quinantzin, que era entonces el pro-hombre del partido civilizador, procurando fundir las costumbres de barbarie y aislamiento de los chichimecas en la civilizacion de los toltecas habia protegido en la ciudad de Tezcoco las artes y la agricultura, é introduciendo en esto unas costumbres mas suaves, su ciudad superaba á todas en esplendor y á él le habia sugerido esta magnificencia, cierta vanidad que no lo dejaba contentarse con los usos de los monarcas sus antecesores. Así es que, luego que tuvo lugar su coronacion, determinó mudar su corte á Tezcoco haciéndose conducir en unas andas que debian llevar cuatro de los señores principales, llevando otros una especie de docel formado de oro y plumas. Ejemplo seguido despues por sus sucesores y que desde esta vez, causó grandes males, porque nunca la soberbia ha dejado de

producir amargos frutos en la desgraciada humanidad, contándose siempre como el principio de sus infortunios.

Mudada la corte del imperio á Tezcoco, quedó la antigua corte de Tenayocan, confiada á Tenancacaltzin hijo bastardo de Nopaltzin y tio del actual emperador, quien como gobernador debia mandar en ella.

Los partidarios de sus antiguas costumbres, escandalizados por la pomposa innovacion que hacia en ellas el soberano y celosos por el cambio de la corte, empezaron á manifestar su descontento: Quinantzin, receloso de una division en los estados, abolió los señoríos de Coautitlan y Huejotla, declarando aquellos lugares sometidos inmediatamente á la corona y mandando que sus gefes fueran á la corte á residir cerca de su persona. Todo esto aumentó el desagrado general y atizada de esta suerte la ambicion del gobernador de Tenayocan, se formó una liga de los principales estados entre ellos el reino de Azcapozalco, coronando por emperador á Tenancacalzin y proclamándolo por gran chichimecatl Tecutli.

Acontecimiento tan inesperado y de tan alarmante gravedad, no solo sorprendió á Quinantzin, sino á los señores que le quedaron fieles; los cuales abandonando sus ciudades, se refugiaron á la corte, á donde se circunscribió la accion de Quinantzin, quedando de este modo despojado momentáneamente de la corona imperial.

Clavigero refiere una guerra sostenida por Quinantzin contra los señoríos de Tepepolco, Huehuetoca, Mizquic, Totolapa y algunas otras ciudades, la cual fué concluida victoriosamente por el emperador, quien castigó severamente á los rebeldes vencidos; pero Veytia á quien sigue Roa Bárcena, supone: que animado el emperador de su natural benignidad y el amor á todos sus súbditos tanto los fieles como los insurrectos, no quiso dar ocasion á que se derramara la sangre, sobreponiéndose á la

tormenta que se levantaba, con la esperanza de que de su mismo seno surgieran los elementos que la desbarataran: y así, levantando tropas, se mantuvo en una prudente defensiva del estrecho círculo á que lo dejaban reducido.

Al levantarse esta tempestad, los mexicanos ó aztecas pensaron ponerse al abrigo de estas turbulencias, contrayendo alianza con alguna de las potencias mas poderosas. Hallaban un medio oportuno en el casamiento de su rey Huitzilihuitl, con la princesa Atotoztli hija de Acamapichtli, hermano de Acolhua II rey de Azcapozalco, que habia casado con Hancueitl hija de Achitometl rey de Cu huacan. Los mexicanos temian un desaire, siendo estos señores de Azcapozalco los primeros príncipes del imperio: pero resueltos á una tentativa en este negocio de donde esperaban tan grandes ventajas, se resolvieron mandar una comision de los principales señores y sus sacerdotes, quienes procuraron el mayor tino y prudencia para desempeñar su encargo, logrando inclinar á su favor al Acolhua, quien con su anuencia, determinó la voluntad de su hermano y fué concedida la princesa: llevada esta por los comisionados aztecas, la presentaron á su rey Huitzilihuitl, quien celebró luego su enlace con las mayores demostraciones de regocijo por parte de su pueblo, que veia en este acontecimiento un feliz augurio para su porvenir.

Por este tiempo, murió el rey de Culhuacan, Calquiyahtzin, sucediéndole en el reino Coxcox hijo primogénito de Acolmiztli rey de Coautitlan, porque no teniendo Calquiyahtzin hijo varon sino una sola hija Xiloxchitzin, que habia casado con Coxcox entró éste por el derecho de su matrimonio, en posesion del reino de su suegro.

Al subir Coxcox al trono de Culhuacan, los Xochimilcas se habian multiplicado bastante y estendiéndose

por la ribera de la laguna de Chalco, iban pretendiendo apoderarse de toda, con perjuicio de la posesion que los culhuas tenian en ella desde un tiempo tan antiguo. Así es, que al ir á pescar en la laguna, habia continuas contiendas entre culhuas y xochimilcas, resultando de ellas muchas muertes y esto ocasionaba inquietudes entre los dos pueblos, las que cada dia iban teniendo mas gravedad. De dia en dia la enemistad creció y los xochimilcas con un ejército considerable, sorprendieron á la corte de Culhuacan, llegando hasta las puertas de su ciudad: los culhuas los recibieron valerosamente y se trabó una refriega, que en distintas escaramusas duró muchos dias, retirándose por fin los xochimilcas; pero las pérdidas se hicieron sentir notablemente en las dos partes.

El rey de Culhuacan, fué amenazado con otra nueva invasion: y queria vengarse y escarmentar á sus enemigos, antes de ser amagado por ellos; pero no teniendo ejército pronto para tomar la ofensiva, solicitó el auxilio de los aztecas pasando comisionados á su rey Huitzilihuitl. Este estuvo pronto á socorrer á Coxcox; mas no teniendo armas, pedia el tiempo necesario para proveerse de ellas, si el rey culhua no podia dárselas. Coxcox no queria perder tiempo en la ejecucion de su proyecto, ni estaba provisto de armas para los mexicanos y resolvió pedir á Huitzilihuitl el auxilio de su gente, armada provisionalmente lo mejor que pudiese. Se armaron pues los mexicanos, con unos bastones de palo con la punta endurecida al fuego, del grueso y largo competente para pelear y servirse de ellos en caso necesario para saltar, un cuchillo de pedernal con que hacian sus trabajos domésticos y un escudo de cañas de carrizo de las que habia en sus ciénegas.

Armado así el ejército azteca, marchó mandado por su rey Huitzilihuitl y unidos á las tropas de Coxcox atravesaron luego la laguna: y al desembarcar al lado

opuesto, el rey culhua hizo un razonamiento, ofreciendo premios á los que matasen ó aprisionasen mas enemigos, mandando que la vanguardia la formasen los mexicanos y que separados á grande distancia fueran sus tropas. El rey azteca, conoció luego, que el culhua queria presentarlos primero al furor de los enemigos, para que debilitados ya estos, entrando los culhuas de refresco, lograran el triunfo y el premio prometido; pero no hizo observacion alguna sobre esto y marchando con su gente por agua y tierra, cuando estaban cerca de los xochimilcas, alentó á su tropa á pelear decididamente, prohibiéndoles matar ó hacer prisioneros á los vencidos, sino que solo los desarmasen y cortásen la oreja derecha, que guardara cada uno en sus espaldas ó tenatlis, los dejaran ir libres.

Cuando ya se acercaron los mexicanos á los xochimilcas, defendiéndose de las saetas con sus escudos de caña, se les arrojaron con tal furor, descargando fuertes golpes con los palos, que pronto los arroyaron y atemorizados, huyeron á refugiarse á la ciudad. Los vencedores segun la órden de su rey, desarmaban á los vencidos y cortándoles la oreja derecha, los dejaban en libertad y seguian adelante para alcanzar á los que huian: los xochimilcas huyeron hasta fuera de la ciudad; pero aun por los montes se les dió alcance por los mexicanos, que exactamente cumplieron la órden que se les habia dado. Entre tanto, los culhuas que alcanzaban á los enemigos ya desarmados, pudieron hacer un crecido número de prisioneros y obtuvieron una completa victoria, que obligó á los vencidos á pedir perdon y aceptar por la paz las condiciones que sus vencedores quisieron imponer.

Volviendo ya de la campaña, los culhuas muy orgullosos se presentaban á su rey ostentando cada uno los muchos prisioneros que habia hecho y recibiendo el pre-

mio ofrecido antes de la batalla: los aztecas en medio de las burlas de los aliados, fueron llamados ante el rey de Culhuacan para que presentaran sus prisioneros y entonces Huitzilihuitl habló en nombre de su pueblo. «Bien conocí, dijo, que el haber mandado que fuésemos delante á embestir primero á los xochimilcas, fué para que descargando en nosotros su mayor furia, tuvieran menos que hacer los culhuas y á menos costa se apropiaran el logro de la victoria. Así ha sucedido, y ahí están jactándose de su valor por los muchos prisioneros que hicieron; pero mándales reconocer y hallarás que á todos les falta la oreja derecha, porque antes de que los tomasen prisioneros, ya les habian vencido y desarmado mis vasallos, cortándoles las orejas que traen en sus tenatlis.» Mandó entonces que las manifestasen y contadas las que presentó cada uno, fueron en exeso mucho mas, que los prisioneros presentados por los culhuas, los cuales fueron reconocidos y á todos les faltaba la oreja derecha. Con semejante ardid, dejaron admirados al rey de Culhuacan y sus súbditos, procurando entonces acariciarlos y colmarlos de regalos, no tanto para premiarles el valor que les fué reconocido, sino mas bien, por el temor que les infundió esta sagacidad.

Clavigero supone: que los mexicanos no concurrieron á esta accion como aliados de los culhuas, sino que en ese tiempo los tenian cautivos: que para solemnizar esta victoria, erigieron un altar á su Dios Huitzilopochtli y pidieron á Coxcox algun objeto precioso que ofrecerle en su dedicacion: este le mandó un saco sucio de tela gruesa, conteniendo un pájaro muerto y otras inmundicias: los mexicanos se indignaron de aquella burla; pero para tomar venganza oportunamente, disimularon su enojo y pusieron sobre el altar un cuchillo y una yerba aromática. Cuando llegó el dia de la fiesta, invitaron al rey y la nobleza culhua, y despues de un baile solemne

llevaron á cuatro prisioneros xochimilcas que habian mantenido ocultos primero los hicieron bailar y sacrificándolos luego sobre una piedra, les rompieron el pecho con el cuchillo, les sacaron el corazon que estando aun palpitante, lo ofrecieron á su Dios. El autor citado, cree: que horrorizado Coxcox de tan bárbaro sacrificio, dió libertad á sus esclavos, para que fueran á establecerse donde quisieran.

Hasta ahí habian sido los aztecas despreciados de todos por la vida miserable á que estaban sujetos: no teniendo terrenos que labrar, se sustentaban con raices, insectos, ranas y algunos otros peces que habia en las lagunas en donde estaban establecidos: andaban casi desnudos, pues solo se cubrian con las hojas de una planta que nacia en el lago, llamada Amoztli; y sus habitaciones eran unas miserables chozas formadas de juncos y carrizos. Mas desde esta accion que pronto divulgó la fama en todos aquellos pueblos, fueron tenidos en gran concepto por su valor y sagacidad. Esto le presentó al rey de Azcapozalco Acolhua II, una ocasion favorable para el intento que habia formado de quitar la corona imperial el usurpador Tenanacacaltzin, pues estando casado Huitzilihuitl rey de los aztecas, con la hija de Acamapichtli hermano del rey Acolhua, creia atraerlos fácilmente á su partido y comprometerlos en la ejecucion de su proyecto.

Recibieron los mexicanos la invitacion de Acolhua; pero con el encargo de no dar á entender que era por sugestion suya, sino aceptando ellos la responsabilidad de la empresa, para lo cual serian auxiliados secretamente con armas y aun alguna tropa. Aceptada la proposicion del rey de Azcapozalco, preparó Huitzilihuitl su ejército y cuando tuvo ya todo pronto, marchó en la noche con objeto de dar un asalto á la ciudad de Tenayocan, que aunque desprevenida por no tener ningun

aviso de lo que en su contra se intentaba, pudo resistir porque el número de sus habitantes era muy superior á sus enemigos, los cuales con grandes pérdidas, se retiraron precipitadamente al lugar de su establecimiento.

Tenancacaltzin quiso castigar severamente el atrevimiento de aquellos advenedizos y levantó luego un grande ejército para ir en busca de los mexicanos, antes que intentasen un nuevo asalto, que bien lejos estaba de pensar fuera con el fin de despojarle de la corona, creyendo que solo se trataba de robar la ciudad. Los mexicanos por su parte, tambien se preparaban para seguir adelante la atrevida empresa que habian acometido y se aumentaron considerablemente con las tropas que les mandó el rey Acolhua, fingiendo ser voluntarios que sin permiso del rey se iban á mezclar con los aztecas. Así fué, que cuando Tenancacaltzin se movió de Tenayocan, Huitzilihuitl le salió al encuentro avistándose los dos ejércitos en el cerro de Tepeyacac, donde tuvo lugar una refriega sangrientísima, en la que despues de una horrible mortandad de ambos contendientes, se decidió la victoria por los mexicanos: estos siguieron á los vencidos, hasta Tenayocan, donde entraron los vencedores esparciendo el terror por todas partes; y despues de saquearla completamente, dejaron alguna fuerza que la guarneciera, y volvió el resto cargado de despojos, para dar cuenta á Acolhua de estar consumado su deseo.

Tenancacaltzin ya sin ejército, viendo ocupada su corte y espuesta su persona, huyó á Xaltocan implorando el auxilio del rey Paintzin; pero este señor, lo mismo que el de Coautitlan, lejos de prestar algun socorro á este desgraciado, dieron aviso á Quinantzin para que mandase castigar al usurpador, á lo cual se negó aquel generoso monarca, contestando: que nunca habia pensado mancharse con la sangre de su tio; ni era accion digna de un soberano vengarse en un fugitivo, sino que

antes era perdonar al ofensor que afligir al afligido: que si ellos no podian prestarle la proteccion que demandaba, por lo menos lo pusiesen al abrigo de sus enemigos, para lo cual él le permitia pasar por sus dominios para buscar un asilo donde pudiera concluir tranquilo sus dias. "Heróica accion de un gentil, dice Veytia, digna de eterna memoria, que tiene raros ejemplos"; pero debidamente aplaudidos en la historia. Entonces los reyes de Xaltocan y Coautitlan segun los deseos del emperador, dieron á Tenancacaltzin quien lo sacara de aquellos pueblos, habiendo disfrutado solo un año de su usurpacion de la corona del imperio de Acolhuacan.

Cuando Acolhua vió consumada la obra con el arrojode los mexicanos, convocó á los príncipes y señores del reino para hacerles saber, que él habia sido el autor de aquella guerra que destronó á Tenancacaltzin: y que supuesto que Quinantzin no procuraba recuperar la corona, debía suponerse que renunciaba el derecho que á ella pudiera tener; el cual le correspondia como nieto del emperador Xolotl, circunstancia que le daba un nuevo título á mas del que le daba el triunfo recobrando la corona de las cienes del usurpador, por la fuerza de las armas.

Aunque todos los señores que componian aquella junta, tras de aquel velo de justificacion, bien conocieron la ambicion de Acolhua, no creyeron prudente oponérsele por ser el príncipe mas poderoso y tener alianza con los mexicanos, que verdaderamente habian infundido terror y héchose respetables en toda la tierra: de manera, que convinieron en la coronacion de Acolhua proclamándolo en la misma ciudad de Azcapozalco el año de 1299 como gran chichimecatl tecuhtli.

